

Fortunata y Jacinta

Benito Pérez Galdós 1886-1887

...Pasmábase¹ la señora de Santa Cruz de que hubiera tantísima madre por **aquellos barrios**, pues a cada paso tropezaba con una, con su crío en brazos, muy bien agasajado bajo el ala del mantón. A todos estos ciudadanos del porvenir no se les veía más que la cabeza por encima del hombro de su madre...

«Aquí es» dijo Guillermina, después de andar un trecho por la calle del Bastero y de doblar una esquina. No tardaron en encontrarse dentro de un **patio cuadrilongo**. Jacinta miró hacia arriba y vio **dos filas de corredores** con ... pilastrones de madera pintada de ocre, mucha ropa tendida, ...y oyó **un zumbido como de enjambre**. En el patio, que era casi todo de tierra, empedrado sólo a trechos, había chiquillos de ambos sexos y de diferentes edades...

Todos los chicos, varones y hembras, se pusieron a mirar a las dos señoras, y **callaban entre burlones y respetuosos**, sin atreverse a acercarse. Las que se acercaban paso a paso eran seis u ocho palomas pardas, con reflejos irisados en el cuello; lindísimas, gordas... En algunas puertas había mujeres que sacaban esteras² a que se orearan³, y sillas y mesas. Por otras salía como una humareda: era el polvo del barrido⁴. Había vecinas que se estaban peinando las trenzas negras y aceitosas, o las guedejas⁵ rubias, Otras salían arrastrando zapatos en chancleta por aquellos empedrados de Dios, y al ver a las forasteras corrían a sus guaridas a llamar a otras vecinas, y la noticia cundía, y aparecían por las enrejadas ventanas cabezas peinadas o a medio peinar.

... En el primer peldaño de la escalera estaba sentada una mujer que vendía higos pasados.. Subieron, no sin que a Jacinta le quedaran ganas de examinar bien toda la pillería⁶ que en el patio quedaba...**Estaban jugando con el fango, que es el juguete más barato que se conoce**. Amasábanlo para hacer tortas del tamaño de *perros grandes*...

...Avanzaron por **el corredor**, y a cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo... bien⁷ el montón de zaleas⁸ o de ruedos⁹, ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces o de disputa, o de algazara festiva. Veían las cocinas con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar¹⁰ junto a la puerta... y en la pared una especie de altarucho¹¹ formado por diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos o periódicos satíricos, y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a **sus cantorrios**, hacían una **algazara** de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser, y acudían a las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba a gritos...

Después de recorrer dos lados del corredor principal, penetraron en **una especie de túnel** en que también había **puertas numeradas**; subieron como unos seis peldaños...y se encontraron en el corredor de otro patio, mucho más feo, sucio y triste que el anterior. Comparado con el segundo, el primero tenía algo de aristocrático y podría pasar por albergue de familias *distinguidas*.

Entre uno y otro patio, que pertenecían a un mismo dueño y por eso estaban unidos, había un escalón social, la distancia entre eso que se llama *capas*. **Las viviendas**, en aquella segunda *capa*, eran más estrechas y miserables que en la primera; el revoco¹² se caía a pedazos, y los rasguños trazados con un clavo en las paredes parecían hechos con más saña, los versos escritos con lápiz en algunas puertas más necios y groseros, las maderas más despintadas y roñosas, el aire más viciado, el vaho que salía por puertas y ventanas más espeso y **repugnante**. Jacinta, que había visitado algunas casas de corredor, no había visto ninguna tan tétrica¹³ y mal oliente. «¿Qué, te asustas, niña bonita?—le dijo Guillermina—. ¿Pues qué te creías tú, que esto era el Teatro Real...? Ánimo. Para venir aquí se necesitan dos cosas: caridad y estómago».

Echando una mirada a lo alto del tejado, vio la Delfina que por encima de este asomaba un tenderete en que había muchos cueros, tripas u otros despojos, puestos a secar. De aquella región venía, arrastrado por las ondas del aire, un olor nauseabundo. Por los desiguales tejados paseábanse gatos de feroz aspecto, flacos... con el pelo erizado...

¹ Pasmarse = quedarse asombrado

² tejido grueso de esparto con que se cubre el sol

³ para que se aireen o se sequen

⁴ acción de barrer

⁵ mechón

⁶ aquí conjunto de niños *galopines* o *bribones*, dicho con benevolencia

⁷ bien... bien = ya...ya

⁸ piel de oveja curtida con su lana

⁹ esterilla

¹⁰ recipiente de madera

¹¹ altarucho = diminutivo despreciativo de *altar*

¹² revestimiento

¹³ negra y oscura, sombría

La forja de un rebelde
Arturo Barea (1897-1957)

El novelista describe aquí su juventud en el barrio de Lavapiés a principios del siglo XX .

A veces acompaña hasta el río Manzanares a su madre viuda que ejerce de lavandera . Vive en casa de un tío acomodado mientras sus hermanos se quedan con la madre en una buhardilla en lo alto de una corrala .

Delante de la casa del tío Granizo hay un puentecillo de madera, hecho con **dos rieles del tren** atravesados y cubiertos de tablones, con su barandilla y todo, pintado de verde. Allí pasa un río negro que sale de un túnel debajo del puente del Rey; este túnel y este río son la alcantarilla de Madrid. Todas las pelotas que pierden los chicos en las calles de Madrid, porque se les cuelan por las bocas de las alcantarillas, bajan flotando, y nosotros, desde lo alto del puente, las pescamos con una manga hecha de un palo largo y la alambreira vieja de un brasero. Una vez cogí una de goma pintada de colorado. Al otro día, en el colegio, me la quitó Cerdeño y, como es mayor que yo, me tuvo que callar. Ahora que le costó caro: le metí **una pedrada desde lo alto de [la corrala](#)**; ha llevado una venda tres días y le han tenido que coser los sesos con hilo...

Yo voy a la buhardilla¹⁴ dos días por semana, porque mi tío dice que tengo que ser como mis hermanos y no crearme el señorito de la casa. No me importa; me divierto más que en casa de mis tíos, porque aunque mi tío es muy bueno, mi tía es una vieja beata muy gruñona que no me deja en paz... Ahora en el verano, como no hay colegio, estoy en la buhardilla los lunes y los martes, que son los días que mi madre baja al río, y me voy con ella para pasar el día en el campo.

Cuando mi madre acabe de recoger la ropa, nos iremos a casa por la Cuesta de la Vega. Me gusta el camino, pues pasamos bajo el Viaducto, un puente de hierro muy grande que cruza por encima de la calle de Segovia...

El Viaducto está hecho todo en hierro, igual que la torre Eiffel de París, pero claro que no es tan alto. La torre Eiffel es una torre de hierro muy grande, que hizo un ingeniero francés en París, para una exposición que hubo allí cuando yo nací. De esto estoy muy bien enterado, porque mi tío tiene *La Ilustración* y allí está la torre y el retrato del ingeniero, un **señor con una barba muy grande como todos los franceses**. Luego, parece que cuando se acabó la exposición no pudieron desatornillar la torre, y la han dejado allí hasta que se hunda. **El día que se hunda**, se caerá sobre el Sena, el río que pasa por París, y hundirá muchas casas. Parece que las gentes de París tienen mucho miedo y algunos se han mudado para que no les aplaste.

...

La buhardilla está en la calle de las Urosas, en una casa muy grande. **Abajo están las cocheras** donde hay más de cien coches de lujo y todos los caballos... **El portal de la casa** es tan grande que podemos jugar en él al paso y a las bolas, cuando no está la señora Pascuala. La portería es muy pequeñita, debajo de la escalera, y la **escalera** es tan grande como el portal. Tiene ciento un escalones y yo los bajo de tres en tres. Algunas veces bajo montado **en la barandilla**, pero una vez se me fue la cabeza y me quedé colgando por la parte de afuera en el piso segundo...

En la buhardilla **no hay fuente** y hay que bajar por el agua a la cochera. Mi madre había comprado un botijo muy grande, y cuando yo bajaba por el agua, me pesaba mucho; tenía que subir parándome en todos los **descansillos**. Un día, desde el segundo, lo dejé caer al portal y explotó como una bomba...

Arriba hay una ventana redonda muy grande, con cristales, como esas ventanas grandes de las iglesias...

Enfrente de esta ventana grande de la escalera empieza el pasillo donde están todas las buhardillas. La primera es la de la señora Pascuala, la portera, que es también la más grande, pues tiene siete habitaciones; después, la de la señora Paca, y enfrente la de la señora Francisca, que no tiene más que una habitación, como todas las demás. Paca y Francisca es el mismo nombre, pero una cosa es la señora Paca y otra la señora Francisca..

... En el pasillo está la buhardilla nuestra que tiene el número 9; al lado está la buhardilla de la polvorista, una mujer que hace cohetes y garbanzos de pega para los chicos. Los vecinos dicen que sabe fabricar bombas y que es una anarquista. Tiene muchos libros y es muy buena. Una noche vino la policía y se marchó sin detenerla; aunque a nosotros nos despertaron, porque **le registraron la casa** y lo tiraban todo.

En la buhardilla siguiente viven la señora Rosa y su marido. ...Después hay una buhardilla, la más pequeña de todas. Allí vive una mujer vieja que se llama Antonia y nadie sabe nada de ella, porque nadie la trata. Pide

¹⁴ desván, dependencia inmediatamente bajo el techo

limosna por las calles y vuelve a las once de la noche, un poquito antes de que cierren el portal. Siempre viene hablando sola, borracha de aguardiente. Se encierra y empieza a hablar con su gata... Al final del pasillo vive la cigarrera. Trabajan ella y su hija juntas y hacen los cigarrillos para la reina Victoria. Unos cigarrillos muy largos con una boquilla de cartón que meten dentro, pegada con un pincelito untado de goma que mojan en un tarro lleno de polvo...

Luego, en un rincón, está el retrete; un cuarto donde me da miedo ir de noche, porque hay **unas cucarachas gordas** que salen de allí y se van por el pasillo a comer en los cubos de la basura que todas las vecinas dejan en la puerta de la buhardilla. En el verano, cuando están las puertas abiertas, se las siente andar por el pasillo, haciendo un ruidito como cuando se estrujan papeles. En casa no entran porque mi madre ha clavado en el borde de la puerta una tira de linóleo —eso que usan para los suelos en las casas ricas— y no pueden pasar. Pero en casa de la señora Antonia, la borracha, entran muchas, porque su puerta está al lado del retrete y no tiene linóleo; su gata se las come y es una cosa que da asco. Al masticarlas suena como cuando se parten los cacahuetes.

De la cochera suben ratas muy gordas por la escalera y a veces llegan hasta las buhardillas...

Hemos llegado a casa y mi madre está muy cansada. Abajo, en la lechería, le dan un cacharro para subir la leche y que no tenga que volver a bajar, y en cuanto llegamos a la buhardilla se pone a hacer la cena. Vamos a comer patatas fritas con sardinas y un huevo, y luego un poco de café, yo con leche, mi madre puro y abrasando; no sé cómo lo puede tomar así. Mientras ella hace la cena, me siento a leer *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne. De vez en cuando me levanto de la silla y quito a mi madre unas patatas de las que ha acabado de freír. Después fríe las sardinas que huelen muy bien; pero no me deja robarle una, porque hay pocas.